

EL COLMENERO ESPAÑOL

PERIÓDICO

dedicado exclusivamente al cultivo de las abejas

DIRIGIDO POR

D. ENRIQUE DE MERCADER-BELLOCH

Año II	Julio de 1893	Núm. 19
--------	---------------	---------

SUMARIO. — Sociedad Española de Apicultura. — Elección de un árbol para los apiarios. — La cera estampada ó el panal artificial. — Un cariñoso llamamiento á los apicultores fijistas (continuación). — De nuestros corresponsales. — Miscelánea. — Precios corrientes. — Correspondencia. — Anuncios.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE APICULTURA

El día 13 del corriente á las seis de la tarde en el local del Instituto agrícola de San Isidro se reunió la Junta Directiva de la Sociedad bajo la presidencia del Sr. de Mercader Belloch.

Después de leída por el señor Secretario y aprobada el acta de la Junta general celebrada en el mismo local el 11 de junio último, en la que quedó constituida la Sociedad y nombrada la Junta Directiva, el Sr. Presidente dió cuenta de los trabajos efectuados para la constitución de esta Sociedad, y dijo que aquella reunión de la primera Junta Directiva tenía por objeto tomar varios acuerdos referentes á su constitución, y expresó á sus compañeros la gran satisfacción que experimentaba por haber llegado á conseguir lo que de tantos años anhelaba, cual era la fundación de una Asociación de apicultura que, al par que sea la defensa de los intereses de los apicultores, fomente la instrucción apícola en España.

A continuación se tomaron por unanimidad los siguientes acuerdos:

1.º Que se impriman 3,000 ejemplares de los Estatutos de la Sociedad y se repartan á los señores socios actuales, á los que lo sean en lo sucesivo y á las personas y corporaciones que se considere más conveniente.

2.º Que se envíe atenta circular á los señores suscriptores de

EL COLMENERO ESPAÑOL, para que expresen á qué categoría de socios desean pertenecer.

3.º Dirigir la mencionada circular á los agricultores y propietarios que de algún modo puedan auxiliar á la Sociedad, así como practicar todo acto que pueda contribuir á hacer conocer la existencia de la misma, procurando el mayor número de socios posible.

4.º Que el periódico EL COLMENERO ESPAÑOL sea el órgano oficial de la Sociedad.

Y 5.º Que hallándonos en la época veraniega, en la que la mayor parte de los señores de la Junta acostumbran ausentarse de Barcelona, se autoriza á los Sres. Presidente y Secretario para que acuerden y practiquen todo lo que en su reconocido celo por la Sociedad crean conveniente.

Y se levantó la sesión á las ocho y media de la noche.

Barcelona 13 de julio de 1893.—El Secretario, *Hermenegildo Gorría*.

Mientras la Sociedad no tenga instalado el local para las reuniones de los socios, éstos pueden verificarlas en la Redacción de este periódico, Córcega, 271, entresuelo, Gracia-Barcelona. La correspondencia puede dirigirse á la misma Redacción, ó al Instituto Agrícola catalán de San Isidro, calle de la Puertaferriosa, 21, principal, Barcelona.

A continuación insertamos un artículo que publica en el cuaderno 2.º de su *Revista*, el *Instituto Agrícola Catalán de San Isidro*, cuyo artículo es debido á la bien cortada pluma del malogrado joven director de dicha *Revista* D. Francisco de Sales de Delás y de Gayolá, cuyo fallecimiento anunciábamos en nuestro número diez y seis.

ELECCIÓN DE UN ÁRBOL PARA LOS APIARIOS

I

Vamos á ocupar la atención de los lectores con un asunto que sin duda no interesará por igual á todos ellos, aunque creemos puede ser de alguna utilidad á los que se dedican al cultivo de las abejas, por el sistema moderno; pero antes, juzgamos oportuno hacer algunas indicaciones generales.

La apicultura movilista se va extendiendo paulatinamente en nuestro país, y si bien no se propaga aquí con tanta rapidez como en otros países, se debe sin duda á que no se conocen las ventajas y comodidad del procedimiento, así como tampoco los importantes rendimientos que puede reportar; pero tenemos la firme convicción de que se generalizará de día en día.

No puede suceder de otra manera; el agricultor cargado de impuestos y desprovisto de protección, abrumado por la depreciación creciente de sus cosechas y aumentándose cada vez más sus necesidades, no tiene otro remedio, si quiere sacar alguna utilidad de sus fincas, que aprovechar todos los elementos de riqueza que ésta posea y no desperdiciar ni el más pequeño de los productos que en una ú otra forma pueden adquirir algún valor. Claro está que las circunstancias de todas las fincas no serán ías mismas; por esto también son distintas y variadas estas pequeñas industrias que pueden asociarse á la agricultura; por esto sin necesidad de mencionar otros medios ya más generalmente practicados, en ciertos puntos, se podría sacar partido de las aguas corrientes que atraviesan las heredades por medio de la piscicultura; en otros la avicultura en mayor ó menor escala daría buenos resultados y finalmente en casi todas partes podrían aprovecharse las flores de los montes ó de los campos para extraer de ellas los jugos elaborados en sus nectarios, transformándolos en sabrosa miel por medio del maravilloso trabajo de las abejas.

Si sobre algunas de las citadas artes se ha hecho algo, hay que confesar que en general se procede por medios anticientíficos,

puesto que los productos que se obtienen con las colmenas modernas son inmensamente mayores que los que se sacaban de las antes conocidas.

Los que no conocen más que los primeros albores de la apicultura movilista podrían presentar el inconveniente de que se requiere mucho trabajo, estudio é inteligencia para practicarla; no hemos de negar, que los conocimientos estorben en ningún arte ó industria, pero se ha adelantado tanto en estos últimos tiempos, se han buscado y encontrado tantas facilidades, ha quedado todo reducido á tan sencillas fórmulas, sobre todo con los trabajos de Layens, que bien se puede afirmar que la objeción carece ahora de fundamento, hasta el punto de poder afirmar que la apicultura moderna está más al alcance de todos, es más cómoda y requiere menos trabajo que la antigua.

Estamos un poco alejados del tema que encabeza estas líneas, pero no nos pesa haberlas escrito, porque tal vez alguno de los lectores habrá encontrado entre ellas alguna idea de provecho.

Valvamos ya á nuestro objeto.

II

Se recomienda por todos los autores que de las abejas tratan que las colmenas estén rodeadas de árboles y las causas de este consejo nacen de la utilidad que pueden prestar á las colonias.

Dos son los servicios principales que los árboles desempeñan en los colmenares; el primero y principal resguardarlas de los ardores del sol en el estío, el segundo, ofrecer un punto de apoyo á los enjambres. Pocas consideraciones bastarán para convencer de la importancia de tales servicios.

SOMBRA.—El calor, tan indispensable á las abejas en invierno, de modo que les es imposible la vida si carecen de él, se mantiene no tanto con el del sol, cuyos débiles rayos apenas se perciben al exterior, sino por la calorificación natural del cuerpo de las abejas, que en apretado grupo forman en el interior de la colmena una

masa compacta. En verano continúa el desprendimiento de calor del cuerpo de las abejas, aumentado notablemente con el mayor alimento y con el febril ejercicio; ahora bien, si á este calor natural que bastaría tal vez para su vida se agrega el del sol del verano que con la fuerza de sus rayos caldea no sólo la tapa y paredes de la colmena, sino el aire que éstas contienen, se comprende que debe formarse en el interior una atmósfera sofocante que ha de causar la muerte de las abejas, como sucede efectivamente. Otra prueba del exceso de calor de las colmenas en verano es que al caer de la tarde, cuando la temperatura va siendo menos elevada, pueden observarse en las cercanías de la entrada, grandes grupos de abejas que se extienden por la pared exterior y que puede decirse que salen *á tomar el fresco*.

Por esta razón es tan útil establecer en las casitas una ventilación bien entendida, pero no basta; es preciso protegerlas del sol directo y para esto nada más cómodo y barato que el uso de la sombra de los árboles.

FIJACIÓN DE ENJAMBRES.—Aun cuando, como es sabido, debe evitarse la enjambrazón, no siempre es posible impedirlo, ya sea porque la colmena está excesivamente habitada, ya sea por la *fiebre* especial que contraen las abejas de efectuarla. De todos modos es conveniente recogerlos á fin de aumentar las colonias ó bien para reforzar alguna de poco vigor; y si no se ha de menester ni una cosa ni la otra, para venderlo, pues siempre tienen algún valor en el mercado.

Si el enjambre al salir no encuentra un sitio á propósito para suspenderse, vuela á veces á largas distancias y con bastante velocidad, de modo que si no se vigila continuamente y no se les sigue con actividad, se pierden muchos de ellos y por lo tanto el valor que representan.

El árbol, en el apiario, alivia estos inconvenientes, pues les ofrece un apoyo muy á propósito y además proporciona muchas comodidades para recogerlo (1).

(1) Últimamente se han inventado aparatos y artificios para recoger enjambres, pero su uso siempre resulta engorroso y aumenta el trabajo y los cuidados,

III

Conocido el objeto que tienen los árboles en los colmenares, veamos qué cualidades deben poseer para poder cumplirlo; y al mismo tiempo examinemos cuáles son las circunstancias que, sin ser esenciales, han de reunir para hacerlos del todo recomendables.

Lo primero que se necesita, es que tengan un follaje bastante denso en el estío; pero la espesura es mejor que sea debida á la cantidad de las hojas que á su gran tamaño, pues serán así más á propósito para los enjambres. Deben presentar una copa ancha y uniforme para que resguarde más horas á las colmenas; por el mismo motivo el tronco no debe ser elevado.

Son mejores los árboles de hojas caducas que los siempre verdes, pues en el invierno conviene que el sol toque á la colmena (1).

Han de ser adecuados al terreno y al clima en que se les coloca, pues de lo contrario además de alcanzar mal desarrollo, nos expondríamos á que pudiesen cuando fuesen necesarios ó no fuese dable su sustitución.

Bueno será que sean árboles que florezcan y si la flor es melífera mejor, así evitarán á las abejas algunas excursiones más lejanas en busca de miel ó polen según las circunstancias: si puede elegirse un árbol cuyos frutos fueran comestibles deberá preferirse á los demás, puesto que de este modo prestará doble utilidad.

IV

Con estos antecedentes fácil será elegir el árbol que mejor convenga para nuestro apiario, no siendo muchos los que merecen llamar nuestra atención.

de lo cual somos muy enemigos. ¿Qué sistema más sencillo que el de ofrecerle la rama de un árbol á pocos pasos de la colmena? De mí sé decir que desde que tengo las colmenas entre almendros, todos los enjambres que han salido, se han parado en el árbol más cercano.

(1) Sabemos perfectamente que es perjudicial que el sol dé de lleno sobre la entrada de la colmena en los días apacibles del fin del invierno, si hay que temer fríos posteriores, pero esto hay otros medios de evitarlo.

Debemos fijarnos principalmente en los árboles frutales y en segundo término en los que crecen espontáneamente ó en los que se cultivan para adorno con mayor éxito, sin necesidad de ocuparnos de las especies raras de difícil cultivo ó que requieren cuidados especiales de jardinería.

Se limitará todavía más el número de los ejemplares que pueden interesarnos, si se prescinde desde luego de aquellos que no cumplen varias de las condiciones reseñadas en el apartado anterior y algunos que no convienen por circunstancias especiales, como los que tienen espinas ó aguijones, los que maduran grandes frutos en invierno (naranjos, etc.), que el viento puede hacer caer sobre las colmenas produciendo en ellas una nociva perturbación, los que necesitan riego ú otros cuidados.

No iremos reseñando una á una las cualidades y los defectos de cada especie, porque se han dado suficientes datos para que pueda hacer cualquiera su aplicación á los casos particulares; nos limitaremos á indicar los mejores en nuestro concepto, que no son otros que el almendro y el tilo.

Hemos colocado el *almendro* en primera línea y en nuestra opinión merece ocupar este sitio; el único defecto que se le puede achacar es que florece demasiado pronto y las abejas no aprovechan de su flor, pero en cambio reúne todas las demás circunstancias favorables; la espesura de sus hojas que á algunos les parecerá pequeña, se logra que sea perfecta con una poda bien entendida y un cultivo regular; tiene además la ventaja de que no necesita un número de años extraordinario para desarrollarse, sobre todo si al principio se atiende un poco á su bienestar. Nuestras colmenas están colocadas al pie de estos árboles y su estado en el verano es muy satisfactorio, de modo que prácticamente podemos confirmar lo que decimos.

Se ha citado también el *tilo*, y aunque presenta algunos inconvenientes, como son: el tamaño algo mayor de sus hojas que son redondeadas, no dar un fruto de tanto valor como otros y su lento crecimiento hasta el punto de que necesita un buen número de años, después de su plantación, para poder empezar á prestar utilidades; pero estos defectos se hallan largamente compensados con una propiedad interesantísima y altamente beneficiosa para el

objeto á que se destina. Esta es el presentar una floración tardía y abundante de flores riquísimas en miel de gusto exquisito y de hermosísimo aspecto y transparencia, de modo que las abejas las buscan y visitan con avidez.

Se recomienda también el *abedul* por el jugo azucarado que dicen se desprende si se desgajan su tronco ó ramas, pero aparte de que se estropea el árbol, si de él se saca esta utilidad, presenta otros inconvenientes que no es necesario enumerar; el *manzano*, que en ciertas regiones presta buenos servicios, no es propio para la generalidad de los terrenos de nuestro país, en general demasiado secos, y por las muchas enfermedades que le castigan, además de otras causas que van comprendidas en las generales y que tampoco repetiremos por no cansar por más tiempo á los lectores con consideraciones que sabrán suplir.

Sólo haremos notar por concluir, que los árboles que hemos indicado últimamente son sin duda los mejores en la mayoría de los casos, pero que pueden presentarse circunstancias especiales en que pierdan todo su valor. Entonces para la elección hay que recurrir, repetimos, á las reglas generales antes indicadas.

El detalle de la elección de árbol para el apiario puede parecer insignificante á algunos; no le daremos nosotros una importancia exagerada, pero téngase presente que sólo atendiendo á estos detalles y minuciosidades, es como se alcanzan los rendimientos y los beneficios máximos.

S. DELÁS.

LA CERA ESTAMPADA Ó EL PANAL ARTIFICIAL

La invención de la cera estampada vino á dar la última mano á las colmenas movilizadas, ó más bien dicho, completó la invención. Los panales que formaban las abejas no eran rectos ó regulares; dejado este trabajo al instinto del insecto, éste se ocupaba solamente en dejar el paso libre suficiente entre los panales, para eje-

cutar con facilidad todas las indispensables operaciones que su maravilloso trabajo requería; pero no se cuidaba de que el panal fuera recto y cayera perpendicular y sin el más mínimo defecto, como se obtiene ahora con la cera estampada. Esta imperfección en los panales ocasionaba que el manejo de las colmenas fuera muy difícil y en ciertas ocasiones imposible; las sinuosidades que presentaban aquéllos en su superficie, impedían sacar los cuadros con facilidad, y si, como acostumbran generalmente las abejas, pegaban dos de ellos, entonces la operación que hacemos ahora de cortarlos con el cuchillo era de todo punto imposible, porque para esto es indispensable que los panales sean rectos.

En 1857 Juan Mhering, apicultor alemán, inventó una prensa para hacer hojas de cera en las cuales quedaban impresos trazos de alvéolos, y las abejas, con su fino instinto, seguían dichos trazos, acabando por construir un verdadero panal. A pesar de que dichos panales ahorran á las abejas mucho tiempo, no obstante no llegaban de mucho á la perfección de los que se construyen hoy día, porque la impresión no era uniforme por falta de presión y en algunos sitios los trazos de los alvéolos no quedaban marcados, y como las abejas por instinto natural tienden á construir alvéolos de macho, aprovechaban para ello la falta de impresión, resultando que, en algunas colmenas, abundaban dichos alvéolos, cosa que conviene evitar porque á la larga trae la ruina de la colonia.

La invención de Juan Mhering fué modificándose y perfeccionándose hasta que pasó á los Estados Unidos, y los norteamericanos son quienes han llegado á la perfección con sus máquinas de cilindros.

Dichas máquinas producen las hojas de cera estampada ó panal artificial de esmerada fabricación y del grueso que se desee, dejando á la cera una flexibilidad que permite manipularla sin que se quiebre; han sido aceptadas por todos los apicultores, y hoy no se usan, tanto en América como en Europa, otras láminas de cera que las debidas á la máquina de cilindros.

Hay todavía quien pregona las antiguas prensas que inventó en 1857 Juan Mhering, y otros que pretenden hacer las láminas con moldes de yeso ú otros materiales por el estilo. Veamos lo que dice el célebre apicultor norteamericano Ch. Dadant, en la página 426,

párrafo 670 de su magnífica obra *L'Abeille et la Ruche*, recientemente publicada:

«Los moldes de yeso y otras invenciones por el estilo, se han ensayado también, pero estos aparatos, de poco valor, están hoy completamente abandonados.

»La fabricación de la cera estampada que al principio parecía había de emprenderse por todos los apicultores, se ha convertido en una industria especial, á causa de la destreza y habilidad que exige, dos cualidades que no pueden adquirirse más que por los que trabajan en ello diariamente. Esta fabricación cabe compararla con la de los cigarros. Cualquier apicultor puede sumergir el molde en la cera líquida y, hecha la hoja de cera, pasarla por los cilindros; como todo labrador puede cosechar tabaco y arrollar sus hojas en forma de cigarro; pero es tan difícil para una persona no acostumbrada hacer una hoja de cera estampada, como un cigarro bien hecho.»

La cera estampada bien fabricada puede conservarse durante muchos años, si se guarda en lugar seco. Nunca debe tocarse cuando hiela; y cuando por el excesivo calor se reblandece, antes de tocarla debe depositarse en sitio fresco para que se enfríe.

El empleo del panal artificial de buena calidad, aparte de que su manipulación es muy fácil, en muchas ocasiones decide del éxito de la cosecha y sobre todo contribuye á que la miel tenga mejor aspecto y un color más claro, lo cual aumenta su precio facilitando siempre la venta. El panal artificial mal elaborado tardan más tiempo las abejas en estirarlo, y cuando lleno de miel y operculado se introduce en el extractor, muchas veces no resiste á la fuerza centrífuga y se rompe en pedazos, haciendo imposible la extracción de la miel.

Ultimamente hemos leído en un periódico apícola de los más reputados de Francia, una advertencia á sus suscriptores para que pongan cuidado al hacer sus compras de cera estampada, pues de los análisis verificados sobre hojas de cera de diferentes fabricantes, han resultado con mezcla de varias substancias, naturalmente más baratas que la cera de abejas, pero que funden á muchos menos grados que ella. El engaño ha llegado á tal extremo, que una casa muy respetable de ese país se ha visto obligada, para servir con

honradez á su numerosa parroquia, á adquirir la cera estampada de la fábrica que tienen establecida en los Estados Unidos los señores Dadant é hijo, que, aunque mucho más cara, los apicultores franceses la prefieren á las otras, por proceder de una fábrica reputada y reconocida como productora de panales artificiales con pura cera de abejas.

UN CARINOSO LLAMAMIENTO

Á LOS APICULTORES FIJISTAS

(Continuación)

Por el sistema antiguo ó fijista el apicultor se encuentra incapacitado casi por completo para acercarse á sus abejas; porque, encerrándolas en una vivienda inaccesible á sus propias miradas, estrecha para sí mismo el horizonte de sus observaciones y de sus estudios acerca de las abejas mismas, de sus trabajos y de sus necesidades; y por consiguiente se ve en la imposibilidad, no ya de hacer grandes progresos en la ciencia apícola, sino hasta de adquirir los conocimientos más indispensables para la conservación de sus colonias y explotación de sus productos. La colmena es un libro de texto, mejor dicho, es una obra de consulta lo más acabada y completa, cuyas páginas están llenas de admirables enseñanzas; pero como dichas páginas, que son los panales fijos y las abejas contenidas en ellos no se pueden leer por hallarse sobre, puestas las unas á las otras de una manera invariable, el apicultor queda privado de tales enseñanzas, y en situación tan comprometida, que pudiera muy bien compararse á un estudiante á quien se dieran los libros de texto metidos en un estuche imposible de abrir, por lo que, cuando más, le sería dable descubrir por alguna hendidura y leer en la portada las materias sobre que versan y los nombres de sus autores; á un viajero explorador, que en noche oscura, sin guía y sin camino, se encuentra abandonado, y hasta rechazado y perseguido por los habitantes de aquel mismo país

desconocido y accidentado en extremo, que se proponía explorar; á un curioso infortunado que llegando á Madrid con el fin de admirar las bellezas que encierra, las riquezas que atesora, la magnificencia de sus edificios, la etiqueta de la corte, el lujo que ostenta, los hábitos, costumbres y trajes de la grandeza y del pueblo, y cuanto es de notar en la capital del reino, se aproxima á las puertas de San Vicente, y juzgado como sospechoso, se ve detenido allí por el cuerpo de vigilancia, y obligado á volver á su hogar cariacontecido, lleno de susto y completamente á oscuras de lo que hay y pasa dentro de aquel recinto, que tanto ansiaba conocer; y, por no alargar esta digresión, le compararé, por fin, á un triste monarca, cuyos derechos y majestad son desconocidos en sus propios dominios, y á quien sus rebeldes vasallos niegan homenaje y oponen tenaz resistencia, parapetados en fuertes trincheras, que ocultan á la vez los trabajos que se hacen allí por la independencia y todos los medios que el monarca pudiera emplear para rendirles y hacerlos sus humildes tributarios y fieles servidores.

En semejantes circunstancias ¿qué podrán hacer ese comprometido estudiante; ese abandonado viajero; ese infortunado curioso; ese triste monarca; en una palabra, ese comprometido, abandonado, infortunado y triste apicultor fijista, por muy observador é inteligente que sea? ¿Qué podrá hacer para adquirir los conocimientos indispensables, y menos aun, para el progreso de la ciencia en materia de apicultura?

Poco, muy poco; menos seguramente que un médico en orden á la medicina, si se viese privado del análisis de las diversas sustancias zoológicas, vegetales y minerales, que han de constituir sus medicamentos, y hasta del estudio de la anatomía sobre el cuerpo humano, que es la fuente de donde brotan en gran parte los raudales de su ciencia.

Nada más vulgar entre los colmeneros fijistas y rutinarios que la idea de que las abejas no consienten jamás ser observadas en sus labores, afirmando todos, como obedeciendo á una consigna, que se hicieron en el transcurso de los siglos muchas tentativas para sorprenderlas en sus trabajos por medio de un cristal, que permitiese mirar al interior de la colmena, y que todas las tentativas resultaron vanas; porque las abejas, embadurnando el cristal,

dieron al traste con todo el ingenio del hombre. Con esta sola afirmación queda juzgado por sus mismos adeptos el sistema fijista, y demostrada su deficiencia para el progreso de la ciencia.

Otra muy distinta es la situación en que el apicultor se coloca adoptando el sistema movilista. Su colmena, compuesta de panales en cuadros sueltos y movibles á su voluntad, se presta á todo género de estudios acerca de las abejas en todas las fases de su vida, y la observación de todas y cada una de sus obras. Tomando en sus manos uno por uno todos los panales, puede el apicultor observar á la luz del sol todos los trabajos que en ellos se realizan; calcular los centenares de abejas que los ocupan; ver con sus propios ojos si entre ellas se encuentra la reina ó madre, tan indispensable para la conservación de la colonia; juzgar de su fecundidad por el número de huevos que deposita cada día; notar si, á falta ó infecundidad de la reina, existe alguna obrera fecunda, de cuyos huevos sólo nacerían machos, y sería inevitable la pérdida del enjambre; puede ser testigo de las diversas transformaciones que sufre el insecto, medir con precisión el tiempo que transcurre en cada una de ellas y el que pasó desde la postura del huevo hasta que, á través de aquellas transformaciones, y mediante una metamorfosis completa, la abeja sale de su celda en estado perfecto; puede contemplar sus primeras ocupaciones dentro de la colmena, más tarde verla salir al campo y tomar parte en los rudos trabajos de la recolección, y notar por último las señales de su próximo fin acelerado por el exceso de las fatigas. En una palabra, la colmena movilista es para el apicultor una carta geográfica, más bien un mapa completo de aquel mundo, que al apicultor fijista, sólo por un agujero y envuelto en la obscuridad, le es dado mirar; mientras que el movilista, desplegándole con la mayor facilidad, le tiene á su vista en dos planisferios profusamente iluminados, que le permiten admirar todas sus maravillas; es, en fin, un libro, cuyas hojas puede separar y, una por una, recorrerlas todas á su voluntad; una obra acabadísima de enseñanza, en cuyas páginas puede leer y, en la medida de su inteligencia y penetración, aprender las profundas lecciones que entraña; por cuanto en ella puede analizar minuciosamente todas y cada una de las partes que le convenga para instruirse en lo concerniente á la apicultura; y

sabido es que el análisis es el camino más seguro para el progreso en todas las ciencias.

Convengamos, pues, todos en que el sistema movilista es el más racional y perfecto; el que ofrece mayores y más positivas ventajas en orden á la apicultura como ciencia; y pasemos á examinar de nuevo ambos sistemas, para poder apreciar sus respectivas ventajas con relación á la misma apicultura en cuanto es arte, y pone en práctica los procedimientos más conducentes al fin útil que el apicultor se propone conseguir.

VENANCIO FÉLIX GONZÁLEZ.

(*Se continuará.*)

DE NUESTROS CORRESPONSALES

Torrecilla en Cameros 14 de julio de 1893.

SR. D. E. DE MERCADER-BELLOCH.

Gracia (Barcelona).

Muy Sr. mío y distinguido amigo: me está pasando con el método Well cosas muy raras; la colmena que lleva el núm. 1, colocada sobre báscula, la constituyen dos familias cuyas reinas ó madres nacieron en 1891, hijas de Carniola y fecundizadas por macho español; se colocaron en la gemela, ocupando, una 12 cuadros tipo británico, y otra 13, el 26 de abril, y se la dió segundo cuerpo el 12 de mayo; la reunión en éste se verificó perfectamente, trabajando en el almacén con la mejor armonía; registrada el 26 de junio me encontré habían entradas ambas familias matado á sus reinas y criado nuevas que ya estaban en postura con cría en huevos y en larvas, pero nada operculado (hay que tener en cuenta que la raza Carniola tiene gran propensión á cambiar de madres según la experiencia me lo ha demostrado). No hubo enjambrazón á pesar de estar muy pobladas.

La colmena núm. 2, también sobre báscula, fué ocupada por dos familias cuyas madres mestizas Carnioespañolas nacieron en 1892; la operación de reunión se verificó perfectamente, ocupando el nido de cría 14 cuadros cada familia ó sea en junto 28 y el piso segundo que sirve de almacén, 26. El 8 del corriente mes de julio arrojó un enjambre peso 6 kilos; presencié su salida y era un espectáculo sorprendente; así que lo cogí ensayé el método de

separación de enjambres y lo coloqué en una colmena con dos cuerpos; conseguí mi objeto; á la mañana siguiente, cada familia estaba aislada una en cada cuerpo, por lo cual juzgué tendrían las reinas viejas; paso á registrar la cepa (1) y me encuentro con que la enjambrazón había obedecido (como sucede casi siempre que las abejas tienen casa espaciosa) á haber matado las reinas, pues vi maternales abiertas y cerradas; reconocidos los enjambres tenían varias madres vírgenes: destruí las maternales ó alvéolos reales y las volví á su procedencia; en esta colmena se hace notar que aun cuando hermanadas todas para el trabajo, la separación de familias se marca bien; otra cosa; pesada al día siguiente perdió de peso kilogramos 1'500 sin que hubiese enjambrazón ni las demás básculas acusasen pérdidas en este día.

La colmena núm. 4, poblada por dos familias raza española, nacidas en 1891 (las madres), se alojaban como las anteriores en dos cuerpos, nido de cría el primero con 28 cuadros para entrambas (naturalmente con su tabique perforado de madera) y entre él y el segundo la tela de cinc perforado; paso á registrarla ayer 13 del corriente y me encuentro con 12 cuadros cría en el segundo cuerpo; esto me hizo suponer que una de las madres había pasado la tela perforada (lo cual sucede algunas veces) y se hacía preciso bajarla con la cría al piso primero; trato de efectuar la operación, y cuál es mi sorpresa al encontrarme con que las dos habitaciones bajas tenían una reina, en junto tres reinas. ¿Qué ha pasado aquí? es inadmisibile el que las abejas hayan tomado huevos abajo y hecho maternales arriba con lo demás que se desprende; razonablemente sólo se puede suponer que una de las reinas atravesó la tela perforada y empezó á criar arriba; visto esto, las abejas elevarían alvéolos reales abajo, nació la reina, la fecundaron y ya tenemos tres madres. ¿Pero cómo ha tenido esto lugar en el método Well, cuando en el sencillo las muchas veces que las reinas me han atravesado la tela perforada nunca ha sucedido que las abejas hayan tratado de criar madres abajo? Misterios son todos que nos prueban lo muy en la infancia que está la apicultura.

No puedo más que repetir á V. de nuevo el afecto que le profesa su amigo y compañero, q. s. m. b.

VICENTE MARTÍNEZ DE PINILLOS.

(1) La cepa ó madre es la colmena de donde ha salido el enjambre.—
N. DE LA R.

MISCELÁNEA

Nuevo remedio contra «la Loque» ó putrefacción de la cría.
—En una botella de agua se tira creolina; la mezcla debe ser de 4 por 100, y se pulverizan las colmenas, los cuadros y las abejas una ó dos veces por semana. Si el mal es grave se pulverizan las abejas que entran y salen tres ó cuatro veces al día para que el antiséptico esté bien repartido entre todas las partes de la colmena.

(Del *American Bee Journal*), 2 marzo 1893.

PRECIOS CORRIENTES

de las ceras, mieles y enjambres en la plaza de Barcelona,
en 15 de julio del corriente año

		Pesetas
Cera de Cienfuegos.	el kilo.	3'70 á 3'80
— de Nuevitás.	—	3'60 á 3'70
— de Cuba.	—	3'30 á 3'40
— del País.	—	3'65 á 3'75
Miel de Aragón, 1. ^a clase.	los 100 ks.	87'
— de Cataluña, 2. ^a clase.	—	82'
— de América.	—	60'
Enjambres.	faltan.	

CORRESPONDENCIA

- V. T.—I.—Por correo mando lo que V. desea.
B. C.—P.—Expedimos por correo números publicados hasta la fecha.
L. A.—C.—Por correo van los números publicados de EL COLMENERO hasta la fecha.
E. B. B.—L.—Por correo van los números publicados de EL COLMENERO hasta la fecha.
G. G. V.—C.—Por correo van los números publicados de EL COLMENERO hasta la fecha.
P. J.—G.—Por correo números publicados del año corriente, hasta la fecha.
A. L.—P.—Mando por correo lo que desea.
G. F. O.—V. y G.—Id. id. id.
R. R.—P. P.—Por correo contestaré á su proposición.
A. R. de P.—O.—Por correo mando Catálogos pedidos.
G. V.—O. de C.—Recibirá por correo número pedido.
M. O.—C.—Recibí su carta con el documento de giro que la acompañaba.
E. H. R.—C.—Mando los 6 números que pide á D. José.
J. G. A.—E.—Por correo van números publicados en 1893.
E. G.—G.—Por correo va lo que V. pide.

Imp. de Henrich y C.^a, en comandita, Suc. de Ramirez y C.^a — Barcelona